

(Viene de la pág. 25)

liberar el tanker, que no se mueve. Unas horas más tarde, el viento se ha reforzado y el mar termina por hacerse con el gigante encallado, que se parte en dos. Ahora, los hombres del salvamento temen la explosión. El petróleo bruto no se quema fácilmente al aire libre, pero, en los depósitos, los vapores de hidrocarburos acumulados han transformado el navío, a lo que se cree, en una gigantesca bomba. Un experto inglés abandona el barco, espantado, declarando: «No quiero estar a menos de seis kilómetros cuanto todo esto salte».

En Cornwallles, el olor del petróleo penetra hasta varios kilómetros en el interior, y las más bellas playas de Inglaterra son transformadas en avenidas relucientes sobre las que flotan cientos de cadáveres de pájaros marítimos. La emoción es considerable en Londres, y los periódicos empiezan a tronar contra el «inmovilismo» del Premier, paralizado por la obstinación de la Union Oil Company y de los equipos de salvamento holandeses. Wilson se decide a utilizar los grandes medios: considera el riesgo de explosión e informa a la compañía propietaria del «Utrecht» de que, incluso si logra remolcar una parte del navío, no podrá llevarlo a las costas inglesas. Una hora más tarde llega la capitulación. El «cazador de primas» ha perdido su doble o nada.

el fuego no prende

Después de nueve días de lucha se toma, el fin, la decisión de incendiar el «Canyon». Los cazabombarderos de la Marina van a intentar hacer explotar, uno tras otro, los dieciocho depósitos del barco, a fin de quemar el máximo de petróleo. Contrariamente a las previsiones, la tarea resulta difícil. La capa de petróleo desparramada en el mar se niega a inflamarse. En el propio barco, las hogueras se

apagan rápidamente. Algunos depósitos resisten a las bombas y es imposible saber cuántas toneladas de petróleo escapan al fuego y seguirán extendiéndose lentamente en el mar. En este momento, la capa de petróleo alcanza ya más de cincuenta kilómetros.

Wilson envía entonces a un representante personal a Cornwallles y pide a sus ministros que preparen la defensa de las costas. De hecho, nunca ha sido previsto nada para este tipo de catástrofe. Se recurre a la única arma disponible para disolver el petróleo: los detergentes. La sociedad BP, a la que iba destinada la carga del «Torrey Canyon», fabrica un producto especialmente concebido para el agua del mar, el BP 1.002. Se intensifica la producción, se esbarba en todos los almacenes de productos similares y se arrojan miles de toneladas de detergentes al borde de la capa. En vano. Es demasiado espesa. El único resultado es la polución de miles de kilómetros cúbicos de agua de mar. Hace ocho años se había producido un accidente mucho menos grave a la altura de Milford Haven: habiendo perdido un petrolero una mínima parte de su cargamento, se utilizaron detergentes para proteger la costa. Desde entonces, los peces han desaparecido completamente de la región. Esta vez, el mar corre peligro de quedar despoblado a lo largo de decenas de miles de kilómetros cuadrados.

En Saint Michael's Mount, en la terraza de su histórico castillo, lady St. Levan sueña. Los negocios van mal para ella. «Habrà que cerrar Saint Michael a los visitantes. El petróleo baña los muros del castillo y huele verdaderamente demasiado mal». Enfrente, del otro lado del canal de la Mancha, el Mont Saint-Michel francés espera, a su vez, la marea negra del «Torrey Canyon».

MARC GILBERT

(Fotos: EUROPA PRESS)



La «muerte negra» ha hecho miles de víctimas entre las aves marinas, cuyos cadáveres están siendo recogidos de las costas donde han sido conducidos por las olas.

AFRICA ABANDONADA

CON el golpe de estado de Sierra Leona ya son diez los estados africanos gobernados por militares. Juxton-Smith se une a la constelación de Eyadema, de Togo; Mobutu, del Congo; Micombero, de Burundi; Ankra, de Ghana; Soglo, de Dahomey; Bumedian, de Argelia; Bokasa, de la República Centro-Africana; Gowon, de Nigeria; Lamizana, de Alto Volta. Africa consta de treinta y ocho estados independientes. Todos ellos han salido de la colonización bajo la forma de democracias civiles, revestidas de la simbología común de la democracia: constituciones, cámaras, partidos políticos, elecciones, garantías, respeto a ciertas libertades. En muy pocos años, diez de estos treinta y ocho estados han cambiado bruscamente el destino que parecían haber elegido y al que se habían acomodado en un principio. En los otros veintiocho, la situación no es mucho más optimista. Aparte de que haya golpes de estado fácilmente previsibles en muchos de ellos, en casi todos, el poder civil se ampara en situaciones de fuerza y en partidos únicos. Ninguno, hasta ahora, ha cambiado de gobierno por el sistema previsto en su origen: es decir, mediante el uso honesto de las urnas electorales.

Tres esperanzas que presidieron el nacimiento de la independencia de Africa aparecen yuguladas: la unidad, el socialismo, el sindicalismo. La unidad existió en los tiempos de la lucha contra el colonialismo; se fue integrando poco a poco en diversos grupos regionales —el de Monrovia, la Carta de Casablanca, etc.— hasta llegar al embrión de una gran organización africana, la O. U. A. y allí, prácticamente, murió. Hoy es una especie de club de Jefes de Estado que se protegen unos a otros, que tratan de limitar los conflictos mutuos y que resultan impotentes para enfrentarse con los grandes problemas: no sólo los políticos, como la existencia de grandes zonas —y pequeños enclaves— a los que no ha llegado la independencia, como son Rhodesia y la Unión Sudafricana —ni siquiera han llegado a la unanimidad necesaria para aplicar sanciones que, de todas formas, hubieran sido poco eficaces—, sino para abordar esos proyectos comunes que parecían destinados a salvar Africa: la constitución de una red de transportes —fluviales, por carretera, ferroviarios, aéreos—; el embrión de un mercado común, el establecimiento de un banco africano, el aprovechamiento de fuentes de energía, la explotación conjunta de las riquezas del suelo. El socialismo de la «via africana» se ha pulverizado en multitud de partidos nacionalistas, enemigos los unos de los otros, asimilados y tergiversados algunos de ellos por los poderes públicos: carentes, en general, de un verdadero sentido social. El sindicalismo abrió grandes esperanzas: contaba con una enorme masa de obreros explotados durante siglos, frugales y disciplinados. Su situación no ha cambiado. Hoy, los obreros africanos siguen ganando de quince a dieciocho veces menos que los obreros de la Europa rica, mientras que los sueldos de los parlamentarios y los altos funcionarios africanos se han equiparado a los de sus colegas europeos. La maldición de la burocracia occidental ha caído sobre Africa. De ella ha surgido una nueva clase ávida, engreída de su importancia, que imita las maneras y el despotismo de la burocracia blanca, que no ha desaparecido del todo; existe bajo la forma de unos técnicos, unos médicos, unos maestros que han tenido que ser importados rápidamente de los antiguos países colonizadores mediante la oferta de salarios elevados y de contratos



Juxton-Smith y Ambrose Genda, dos tenientes coroneles. Después del golpe de Estado de Sierra Leona, Smith sucedió a Genda. De los 38 Estados independientes que hay en África, diez están gobernados por militares.

de privilegio. Al mismo tiempo, los «cerebros» autóctonos, los universitarios o los técnicos naturales de dichos países que no gozan de esos privilegios se ven forzados a emigrar hacia Europa o América, donde encuentran una igualdad de salarios y una abundancia de medios para continuar sus carreras, de la misma forma que los «cerebros» europeos están siendo obligados a emigrar hacia Estados Unidos donde gozan de máximas consideraciones personales y profesionales. Este es el «brain gap», o «agujero de los cerebros» del que comienza a hablarse ahora como de un problema que afecta a todo el mundo. En África es especialmente grave.

Las esperanzas africanas se han desmoronado en muy pocos años. En cierta forma es una consecuencia de los más recientes acontecimientos mundiales. La influencia del comunismo chino, que durante un tiempo preocupó gravemente a Estados Unidos —en la época de los interminables viajes de Chu En-lai— puede darse por desaparecida por el momento. La Unión Soviética no sostiene en África más que posiciones puramente estratégicas: el repliegue de la coexistencia, la necesidad primordial de abrir las fronteras europeas, el nuevo equilibrio de la balanza de relaciones con Estados Unidos, le ha llevado a abandonar sus intentos de influencia en el continente africano. Hasta ese momento, el espectáculo de las discusiones y de los insultos entre las delegaciones soviética y china en los varios congresos del «tercer mundo» había causado una pérdida de la influencia mutua. La consecuencia de esta falta de desafío no se ha hecho esperar: en su proyecto de ayuda a las naciones subdesarrolladas, Johnson sitúa a África en el último lugar de la lista, con una notable rebaja sobre el año anterior y con una cantidad varias veces inferior a la que destina a Hispanoamérica, a pesar de que las dos zonas del mundo tienen un número igual de habitantes y de que las necesidades de África son superiores a las de Hispanoamérica. Pero el subcontinente americano presenta hoy un desafío, mucho más grave por más próximo a los Estados Unidos y por la existencia de un régimen comunista en él, como es el de Cuba.

África ha evolucionado demasiado rápidamente en el sentido favorable a los Estados Unidos. Los sucesivos golpes de estado militares se inscriben en esa tendencia, como la yugulación del socialismo y del sindicalismo, como la de la unidad africana que retrasa la revaloración del continente negro. Se

trata de conservar África como una fuente de materias primas y de mano de obra barata. Hispanoamérica se zafa cada vez más de esta condición que ha pesado y pesa todavía sobre ella. África, no. Para pasar de la situación colonial, dependiente de Francia, de Gran Bretaña o de Bélgica, a esta situación neo-colonial, dependiente de Estados Unidos, ha bastado que la C. I. A. realice algunos movimientos discretos, que algunos altos jefes y algunos poderosos funcionarios se dejen influir por el esplendor de Washington. Nos encontramos muy lejos de la encíclica «Populorum progressio». El planteamiento papal de las relaciones entre naciones ricas y naciones pobres, como entre personas ricas y personas pobres es ajeno a la actual mecánica de relaciones entre el mundo superdesarrollado y el subdesarrollado.

El problema está en el futuro, y el futuro, como ya sabemos, es inmediato: el tapiz del tiempo se desenvuelve cada vez con mayor rapidez. Estos sistemas de contención que son los gobiernos de hombres fuertes, las dictaduras, los partidos únicos, no son ni pueden ser nunca más que provisionales. Valen mientras constituyen una esperanza; incluso muchas de sus víctimas los acogen en principio como una posibilidad, como una esperanza de que su mitología de eficacia dé un largo resultado. En Indonesia, en Argentina, en Brasil, los regímenes militares «duros» ilusionan a los que creen que el trágico fondo económico del país es una consecuencia de lo que ellos llaman «anarquía política». Lo mismo sucede en los países africanos. A la larga, las soluciones fallan porque esos regímenes no resuelven el conflicto entre clases privilegiadas y clases oprimidas; más bien se inclinan en favor de aquéllas, con lo cual el problema económico no tiene solución. En África, los regímenes duros no hacen ahora más que defender la situación de dependencia con respecto a otras naciones, sosteniendo la estructura de exportación de materias primas en mercados regulados desde el exterior y la facilitación de mano de obra barata: si acaso, con una ficción de reducción del problema del paro mediante obras públicas y con una aparente industrialización. El problema está en que estos disfraces no ocultan el hambre creciente, el aumento galopante de población y la vista de las desigualdades sociales. Estos fenómenos no hay quien los disfraze. Y, a la larga —no tan larga— de ellos depende lo que vaya a pasar en África. Como lo que pasa en Hispanoamérica, lo que pasa en Asia.